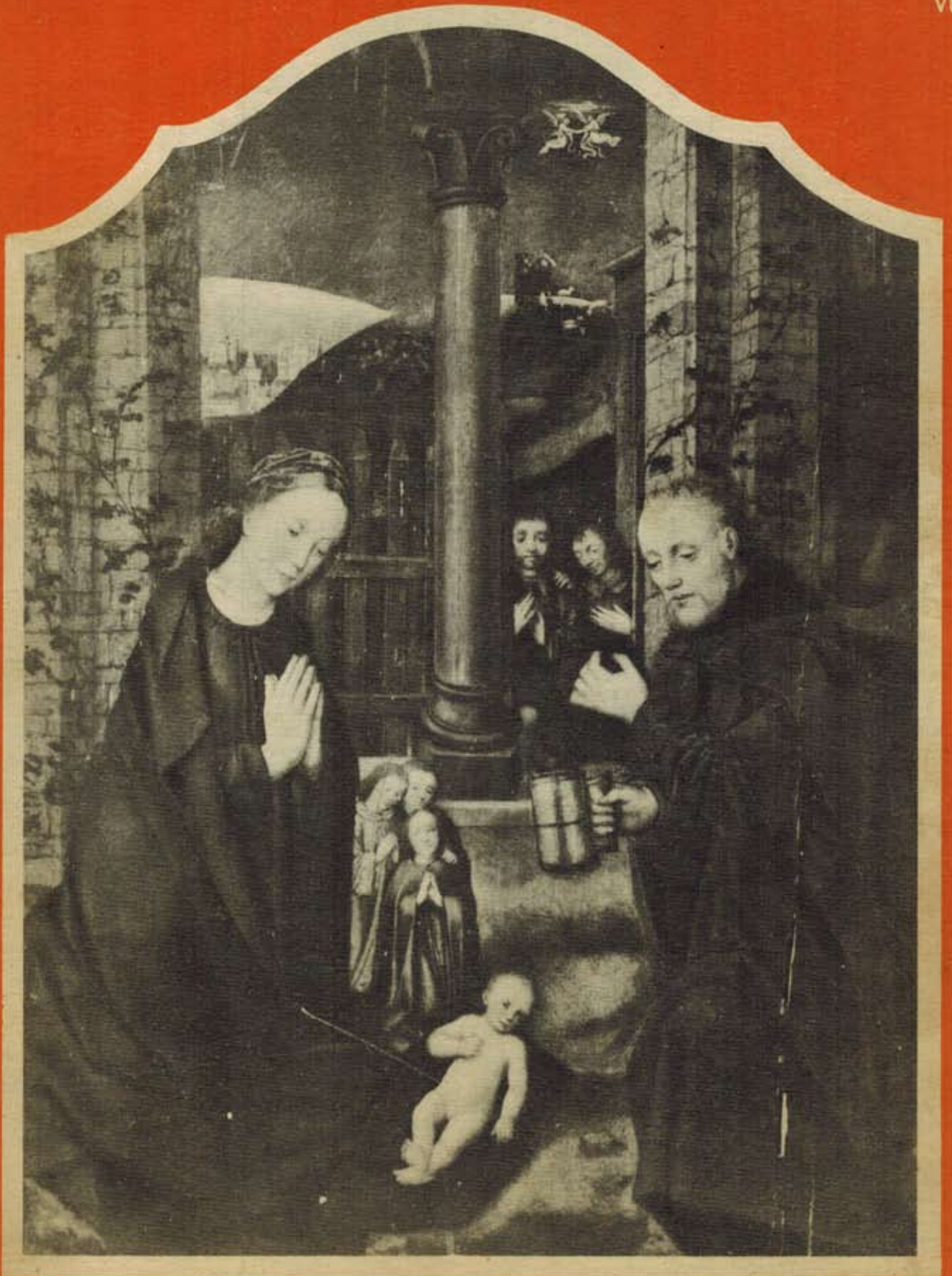


# Duadalajara

DICIEMBRE  
25 DE 1947  
NUM. 8  
AÑO I  
VOL. I



LA NATIVIDAD. TRIPTICO FLAMENCO (PAG. 31)

SESENTA CENTAVOS



CABEZA del general Porfirio Díaz modelada en barro por Fantaleón Panduro y que gustó tanto al entonces Presidente de la República, que invitó al célebre y humilde escultor de Tlaquepaque para irse con él a México, donde le hizo otros trabajos. Nótese en esta vieja fotografía, la típica indumentaria del escultor indígena, cuya fama llegó hasta los Estados Unidos.

# ALMA INDIGENA HECHA OBRA

## LA ALFARERÍA DE JALISCO A TRAVÉS DE LOS SIGLOS

**U**

NA de las artes populares más favorecidas y que al mismo tiempo está convertida en industria típica de Jalisco, es la cerámica o alfarería.

Como arte conserva su carácter autóctono, que ha servido para mantener latente en los indios que la trabajan, su tradicional sentido de la plástica y su fantasía creadora; pero al mismo tiempo es una industria y una rama comercial considerable, a la cual debe nuestro Estado mucho de su prestigio presente, tanto en el país como en el extranjero, porque abastece aun ahora y a pesar de la competencia de artículos en porcelana, vidrio, metal, etc., de fabricación nacional o extranjera, la mayor parte de las cocinas y los hogares, debido a la diversidad de utensilios hechos para su uso directo y mantenidos en concordancia con las distintas épocas y sus correspondientes necesidades.

Por **DOMINGA DOMINGUEZ**

En cuanto se penetra dentro de una alfarería, se hallan invariablemente unidos estos dos aspectos de la cerámica jalisciense, no pudiéndose establecer la supremacía del uno sobre el otro sino por el mejor contingente presentado por alguno de ambos en cada lugar, donde sobresalen indistintamente por su perfección en el acabado, su buen gusto o su decoración.

Arte e industria ha sido desde sus orígenes la cerámica de Jalisco, de cuya existencia y dualidad los conquistadores dieron fe al apreciar por un lado los ídolos, vasijas trabajadas, collares, figuras de ornato, vasos rituales, etc., y por otro la serie de utensilios tales como jícaras, cántaros, tecomates y demás, hechos de barro pero destinados a los menesteres caseros. Y esto no solamente en Jalisco sino en muchos lugares de la República, pues es bien sabido de todos que las

culturas arcaicas alcanzaron perfección suma en diferentes artes y que muchas de sus obras están consideradas dentro de los más preciados tesoros artísticos del universo.

Los aborígenes que ocupaban nuestra región a la llegada de los españoles, considerados dentro de las tribus tarasca y nahoa, se distinguieron particularmente en la cerámica a la cual supieron imprimir un carácter tal y una elegancia de formas, que produjeron lo más notable y valioso de su estilo. En el Museo de Guadalajara se conservan algunas piezas notables como jícaras, tecomates e ídolos, y pequeños animales hechos en jaboncillo y con un taladro en la parte superior, posiblemente para usarlos de collares. Las jícaras y el tecomate son de manufactura simple, sin más adorno que algunas grecas y círculos en color rojizo.

En Ixtlán y sus inmediaciones, fueron hallados ídolos muy interesantes, creyéndose que existan allí tum-

bas de un valor enorme para las investigaciones etnológicas y arqueológicas, pero desgraciadamente no exploradas todavía, pues en ninguno de los Estados de Jalisco, Colima, Nayarit y Michoacán se han hecho trabajos continuados y serios que permitan el estudio de los pueblos antiguos, cediéndose su adelanto y perfeccionamiento de la cerámica, solamente por los objetos que han sido extraídos casualmente de algunas excavaciones.

Según opinión de Ixca Farías, en su pequeño e informado folleto sobre "Artes Populares", publicado en Guadalajara en 1938, nuestra cerámica puede ser considerada dentro de tres épocas distintas a cuyos períodos ha

correspondido su evolución: La primera o sea la precortesiana, abarca todo ese material casi desconocido del que hablamos anteriormente y al cual pertenecen algunas piezas conservadas en el Museo de Guadalajara, cuya decoración consiste en general, de puntos, círculos concéntricos, petatillos y rayas rectas, divididos frecuentemente por grandes cuadrados y hechos sobre figuras de diversas formas. En los ídolos hay decoraciones sobre la nariz, boca, manos y pies y en el cuerpo, en color amarillo, rojo o negro.

La segunda época data del tiempo postcortesiano, después de la llegada de los españoles, originándose en Jalisco con la influencia ejercida sobre

los alfareros de Tonalá por un misionero que, maravillado con la natural disposición de los indios para dibujar, les hizo seguir un nuevo estilo dándoles como modelo algunos jarrones y otras piezas chinas, cuya decoración profusa y estilizada, con abundancia de flores y hojas, dejaba pocos fondos claros sobre las piezas, contrariando el genuino modo decorativo de aquellos indios siempre parcos y que, dice Ixca, fué un resultado de la "influencia asiática y aún africana, por los recuerdos que dejaron los moros en España", cuya influencia llegó de ese modo hasta nosotros.

La tercera época corresponde a los comienzos de la segunda década de este siglo, cuando Gerardo Murillo, pintor y escritor jalisciense, conocido más bien con el nombre del Dr. Atl, vino a establecer una escuela de ornato, también en Tonalá, trayendo copia de los códices indios existentes en el Museo Nacional y quien, aprovechando no sólo la disposición o carácter de las figuras, colores y demás, sino las diferentes grecas que presentan dichos códices, los puso de modelo a los alfareros que los utilizaron con perfección inaudita; pero en horrible abundancia y mezcla, dando por resultado una decoración sin carácter propio, carente de originalidad, en la cual faltaba ese sentimiento que parece hablar del artista en otras obras más genuinas y primitivamente inspiradas.

En la actualidad y pese al mercantilismo imperante en la alfarería, al cual mucho ha contribuido la corriente de turistas en busca de "mexican curios" y la tendencia a crear motivos típicos convencionales, para satisfacer su demanda, nuestra cerámica conserva no obstante algo de su mérito verdadero, debido principalmente a la tradición que por fortuna han sabido conservar los indios, pues todavía es un oficio o arte que pasa de familia a familia, de abuelos a nietos, sin que ninguno de ellos deje de trabajar el barro por generaciones enteras.

En este punto, es asombrosa la habilidad de los alfareros. Sólo viéndolos y observando con atención la destreza que tienen en las manos, se da uno cuenta de cómo esa pericia, esa intuición y esa facilidad para crear, son expresiones de una conciencia y un conocimiento que han venido adquiriendo siglo tras siglo; de cómo desde que el niño alfarero nace rodeado de barro, utensilios y colores manejados por sus padres, va despertando en él su instinto y su disposición natural hacia esas cosas, hasta llegar a ser aún desde los más cortos años, un obrero más en la familia.

**IDOLO** de barro hallado en nuestra región perteneciente a la época prehispánica y que muestra las decoraciones hechas a base de rayas y círculos blancos y negros. Millares de ellos permanecen enterrados, esperando ser descubiertos para hablar del pasado.



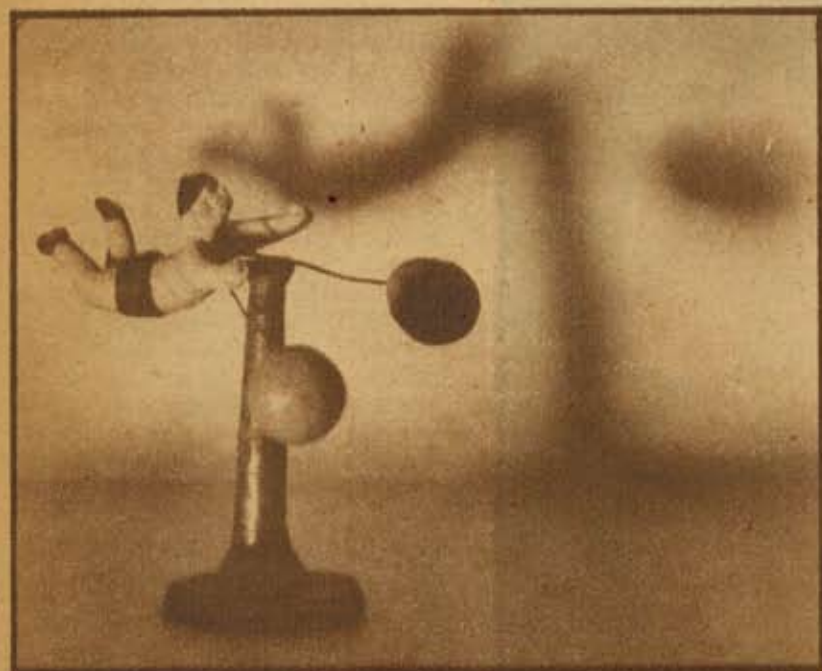
En San Pedro Tlaquepaque y Tonala, hallamos familias enteras entregadas a la alfarería: el padre, la madre y los hijos trabajan por igual, pasando los conocimientos de unos a otros; las mujeres son tan hábiles como los hombres y en muchas casas ellas solas hacen monos, loza y juguetes, mientras los hombres se dedican a obras de albañilería o agrícolas para ayudarse económicamente. Las hay muy peritas en la confección de pinceles, utilizando para ello pelos de ardilla y zorra que meten dentro del canutillo o punta de las plumas de guajolote, la cual incrustan en un popote grueso con sorprendente rapidez. Esta clase de pinceles rústicos es la

SENTADO sobre las piernas y con absoluta libertad de los brazos, el clásico alfarero de Jalisco no necesita modelo ni guía para plasmar sobre los grandes libros de barro, esa decoración maravillosa de flores y ramas que quizás tengan todavía resabios de la estilización asiática dada por los españoles.



EL CIRQUERO, gracioso y auténtico juguete indígena, cuyo ingenioso equilibrio le permite girar rápidamente sobre la base. En esta clase de juguetería de barro, hay siempre un gran sentido

de gracia y plasticidad, que no tiene el juguete mecánico.— IZQUIERDA: Alcanza que recuerda los antiguos ídolos o las máscaras y que posee también el encanto de la originalidad, inspirada en el concepto plástico que el indio tiene de las formas.





“RELLENOS de cazuelas” sirven de sujeto a este magnífico estudio fotográfico y representan a la vez otra fase útil de la alfarería y que, como las macetas, los bñores, las vajillas y los adornos de barro, forman parte integrante de los hogares mexicanos.



más común, porque son muy pocos los alfareros pobres que pueden permitirse el lujo de comprar pinceles fabricados.

Una de las características de los indios dedicados a la cerámica, es que cada grupo tiene una especialidad propia. En San Pedro, por ejemplo, está dividido el pueblo alfarero en tres sectores como si dijéramos: uno se llama el barrio de Santiago, a la salida de San Martín, especialista en macetas; otro el de San Francisco, viendo al Norte, que es donde se hacen los monos y los juguetes; el tercero es el barrio de Santa María, cuya especialidad son los ladrillos de perón o “chapetrado”, tan hermoso elemento de carácter regional en las casas de Jalisco y que por desgracia ha sido suplantado por el moderno pero incharacterístico ladrillo de mosaico. En el

LA MUJER sabe trabajar el barro y es una hábil decoradora. Aquí está esta joven de Tlaquepaque, poniéndoles color a los “Reyes Magos” y a los animales, que veremos colocados entre el heno de nuestro tradicionales Nacimientos.

barrio de San Juan, o sea el cuarto sector, viven los jornaleros.

En Tonalá, dada su escasa población, las distintas ramas de alfarería están divididas no en sectores sino en calles; en unas se hacen cántaros, en otras botellones, en otras jarros, y así sucesivamente.

Pero lo notable de esta industria, aparte de su carácter artístico, es que continúa usando los procedimientos primitivos en la elaboración, en el torneado, en la pintura y los hornos. La base fundamental sigue siendo la mezcla de tierras blancas y negras, tamizando las blancas antes de mezclarlas y luego bañando la masa con el agua donde estuvo remoñándose la tierra negra; en otros procedimientos hay ligeras variantes según la calidad de los trabajos, pues en algunos más delicados, como por ejemplo ciertos monos, se hace especialmente la decantación del barro negro; en otros se aumenta arena de río o piedra pómez y en algunos más, se dejan orear partes de la pieza fabricada hasta darle la dureza requerida, moldeándola después con las manos y un pedazo de cuero húmedo, para añadirle los adornos antes de que seque.

El engretado lo hacen generalmente con óxido de cobre, "sancochado" previamente los objetos a temperaturas aproximadas de 750 grados centígrados; los hornos se fabrican con ladrillo de lama, unidos entre sí con la misma lama y usando para la calefacción ramas de salvia, de capitaneja, tepopote o jara, porque esta última hierba, sobre todo, tiene la cualidad de aumentar el brillo de las superficies coloreándolas de rojo.

Hubo en Tlaquepaque un alfarero muy notable, llamado Pantaleón Panduro, que juntamente con sus hermanos se dedicó a la escultura e hizo retratos magníficos, consiguiendo por ellos grande fama. Sus descendientes se especializan todavía hoy en esta clase de obras, conservando la tradición de la familia.

Aunque en estos últimos años se ha venido introduciendo la fabricación de cerámica a base de caolín y adoptando otra clase de decorados y estilos, no es sin embargo la más buscada en nuestras alfarerías, pues no cabe duda que el carácter, el gusto, la originalidad de las obras realizadas por los indígenas, tienen un sello distintivo muy superior, artísticamente hablando, que no puede ser reemplazado ni destruido por la influencia ejercida en nombre de las necesidades comerciales, incapaces de borrar el espíritu primitivo que parece animar la obra personal de cada artista y que sobrevive en la auténtica alfarería de Jalisco.



CUPULA del Santuario de la Soledad, de San Pedro Tlaquepaque, cuya bóveda está hecha con cántaros de barro.—ABAJO: Uno de los ladrilleros del barrio de Santa María, dónde se fabrica el hermoso ladrillo de perón o chapeteado, que tanto carácter da a las casas tapatías.

